

Suenan los tambores y cornetas con que los facciosos cantan a la patria; y los magnates y magníficos de la ciudad sonríen y aplauden mientras la arruinan y la hundén como añoranza a su tradición de esclavos y de traidores.

¡Oh, sonámbulo o tonto, si no eres por magia de los diablos águila de los infiernos o lobo hurraño de las montañas con cara de cristiano! ¿Qué sabes tú, tiránico barón de oro, de aquellos tiempos de mi infancia? ¿Qué persigues si no sabes a dónde vas? ¿Quién eres truhán y testafarro? Óyeme y deja franco paso a la Verdad. Nosotros somos la Verdad porque somos la Vida.

Se me hizo delincuente de un delito que yo no había cometido, y los hombres de la no conciencia cayeron sobre mí como trombas marinas juzgándome con las borrascas y huracanes de sus códigos de tempestades; porque se querían víctimas y se buscaban víctimas para dejar bien sentada la representación oficial de los hombres de la justicia, ¡de los que creían saber administrar la justicia! ¡Y cómo me castigaron; de qué manera me blasfemaron; y qué espantosos los dolores sufridos al contacto infernal de unos hierros rojos con que unas manos quemaban las partes más sensibles de mi cuerpo inocente para recabar la verdad que no existía; una verdad que no podía existir en mí, porque yo no era un criminal y odiaba el crimen! ¡Ayer como hoy detesté y maldije siempre los delitos de sangre! ¡Y cómo odio ahora, viendo las manchas moradas de mi piel! ¡La tortura, el sacrificio! '¡Id a buscar el criminal que buscáis allá entre los vuestros, entre los suyos mismos, que tal vez lo tengan estampado en las retinas de sus ojos o clavado en las entrañas!', les decía yo entre las terribles agonías de mis dolencias; y aquellos corazones y aquellas almas, que todos los días le rezaban a Dios, se cerraban a todas las clemencias.

¡Qué de cosas y de hechos acudían a mi debilitada imaginación mientras aquel casco de hierro que me conducía como a otros compañeros abría las aguas azules de los mares ariscos que hacían crujir el estampido de sus

gigantescas olas y al ronco chasquido de sus máquinas el ensalitrado maderamen de su esqueleto! ¡Aquellos tres simulacros de fusilamiento que pasaban en mucho todas las imágenes de la fantasía para, con el terror de sus fusiles enristrados hacia mi cabeza y mi pecho agitado por el nerviosismo del momento, arrancar de mis labios el sí monstruoso que había de confirmar la sentencia de muerte que ellos creían justa; pero que no se atrevían a hacerla buena porque el resultado de sus gestiones judiciales pesaba en lo profundo de sus conciencias y moviase el péndulo de sus almas en la balanza del fracaso y de la mentira! ¡Ah, la crápula aristocrática; los camorristas caciques de la política!

Sabían bien los hombres de la justicia, ¡de aquella justicia!, que yo era inocente y, sin embargo, ¡me martirizaron y querían matarme! ¡Oh, gran poder, el poder de la realidad! Inocente... Inocente... ¡Y a pesar de todo me condenan a treinta años de prisión! ¡Sarcasmo!

Llegamos a Cádiz. La majestuosidad del sol parecía saludarnos desde el cielo y mucha gente se apostaba a nuestro alrededor, como si quisieran abrazarnos y arrancar de nuestras muñecas las esposas que maniataban nuestras manos: Algunas mujeres lloraban recogiendo sus lágrimas en los pañuelos arrugados que sacaban de sus bolsillos y que habían de ocultar a la vez las muecas nerviosas de sus mejillas y de sus labios angustiados. ‘¡Los pobres, y los llevan amarrados con esos hierros como a criminales!’, decían otras. ‘¡Ah, así llevaron a mi hijo también, sin hacer otro daño ni otro delito que pensar distinto, y hace ocho años que sufre los rigores de la cárcel!’, pregonaba otra temblando de cólera. ‘¡Tuberculoso murió mi compañero en el hospital de una tremenda paliza por sólo decir que no era faccioso, otros han muerto de hambre y muchos más, verdaderas montañas, pueden hacerse con los que han matado en las paredes y a la puerta misma de sus casas!’, pregonaban otras tantas. Grupos de trabajadores se acercaban con el temblor de la ira y sujetando con sus manos quemadas por el sol la gorra que cubría sus cabezas, nos decían, para alentar nuestro ánimo, casi al oído: ‘¡Compañeros, resistir, resistir! ¡Hacedlo por los mártires que han caído en la lucha, que hablan con su memoria, y la victoria será nuestra, lenta, sí, pero nuestra al fin; somos los productores y nuestros brazos son los brazos que amasan el oro en la fábrica, en el taller y en el campo!’.

Y nosotros sonreíamos serenos, con nuestras frentes levantadas a los vientos, mientras el frío de los grillos que nos aprisionaban iban apretando y apretando más nuestras muñecas que ya se iban inflamando y estaban parquizcas, como si la sangre quisiera reventar. Pero, a pesar de todo, teníamos absoluta confianza en la causa que defendíamos, y éramos libres por encima de todas las leyes absurdas y tiránicas de los estados inclementes. ¿Qué nos importaba que nos amarrasen si nuestras almas eran luz de libertad?

Después de sellado en aduanas nuestro miserable equipaje, una camioneta nos esperaba en la puerta ancha y grande del edificio. Ya colocados en ella, así como las sardinas en lata, el sargento de la guardia civil que nos conducía dio la orden de marcha.

-¡Oye, tú, mala sombra! -grita el peón al conductor, medio sonriente.

-¿Qué hay? -contesta el chófer, poniendo gesto de huracán.

-Dame un cigarrillo, hombre, que tengo más ganas de fumar que una mujer de parir; estoy como una doncella preñaa y no tengo una gorda.

-No tengo, che, hay que dejar el vicio, cuesta caro y en el hogar hay chavalillos que piden pan; yo ya hace cinco días que no fumo.

-Anda, peinao, así llevas sombrero de invierno y vales menos que una chinche en el verano -todos nos reímos al oír tales ocurrencias, y cada uno de los compañeros presos le brindamos cigarrillos: Flor de Fuentes, de La Mascota y La Favorita-. Santas gracias. Tenéis que ser canarios pa fumar de lo lindo y no sujetos a la monopolización de la Tabacalera. Permita la Milagrosa que la libertá la encontréis al llegar a la cárcel. Yo también estuve tres años por ser miembro de una organización y me acuerdo de las cosas de la cárcel. Es asunto serio la cárcel -nos dice el peón, rascándose la cabeza y mirando de reojo a los guardias civiles-. Eso de ir nuestras madres y nuestros hijos y nuestras mujeres a vernos, y no poder ni siquiera darles un abrazo; seguidos de las miradas desconsoladas y angustiosas, nuestros besos se quedan en la reja negra, rotos como quejidos desmayados. ¡Ah!, la cárcel, la cárcel. ¡Aquellas celdas! ¡Espantoso, espantoso! Si aquellas paredes de tan comidas piedras donde duermen tantos pensamientos de martirizados pudieran decir de los lamentos y de las angustias dejados en los surcos de sus años... ¡Ay, qué horrible! ¡Qué horrible! Cada piedra es el sepulcro de una agonía o guarda trozos de corazones sangrando.

Si pretendiéramos arrancarnos los ojos para borrar las fúnebres imágenes que nuestro pensamiento pudo apreciar durante los doce días que pasamos en la Prisión Provincial de Cádiz, sería como intentar discutir con el tiempo, lo que el mismo tiempo, a través de las olas arrolladoras de sus siglos, no haría otra cosa, como fiscal de las edades, sino esculpirlos como cosas o estatuas eternas en las piedras negruzcas de sus muros polvorientos y deshechos como exponente duro de su lenguaje mitológico, único creador de los mártires inmortales. ¡Qué horroroso!, pensaba yo, mirando con asombro aquellas anticuadas paredes, que en la flaca convulsión de sus años parecían derretir en el derrumbe de sus piedras los pulmones de sus ensangrentados misterios. ¡Aquellos hombres escuálidos y retorcidos como alambres amarillentos, revolviéndose en el saco de su piel como insectos epidémicos, arrastrando las virulencias de sus mortales calenturas! Miserables, rotos y hambrientos, acurrucándose en los rincones sombríos y húmedos como la muerte, como si así se librasen de la infame hediondez de sus cuerpos decrepitos. Ahora posamos las miradas de nuestros ojos en unos hombres quejumbrosos y esqueléticos que se pasean por el patio con sus cabezas o sus gargantas vendadas; jóvenes que pudieran dar envidia, con la vigorosidad de su juventud poderosa y fuerte, arrastran sobre sus piernas de esqueleto verdaderos montones de huesos secos que parecen cruzar como los mugrientos y viejos armazones de los edificios que se derrumban; y descansando sus manos temblonas sobre sus frentes arrugadas, como viseras de gorras rotas para defenderse del sol, nos miran con sonrisa falleciente y triste, dejando al descubierto los secos dientes de unos seres que se mueren. ‘¡Ay, hermanos! -nos dicen algunos al acercarse a reconocernos-. Son canarios, ¿verdad?’.

-Sí, allá hemos dejado atrás todo lo nuestro, nuestras mujeres, las caricias de nuestros hijos, todo nuestro amor... -les contestamos todos a una, mirándoles atentamente y con ojos de espanto, como si fueran muertos que hubieran salido de las tumbas de los cementerios. No eran hombres sino espectros que se guiaban por el olfato del instinto y se arrastraban a tientas, como ciegos.

-Canario -me dice uno de aquellos penados con voz de moribundo y temblando sobre las flacas piernas que sostenían su andante esqueleto-. ¿Tienes gofio? Dame un poco de gofio, hombre -y se quedaba mirando

con sonrisa desconsolada, reflejando la melancolía de su miseria-. Tengo hambre, y dicen que el gofio es de alimento y renueva la sangre. Me darás un poco, ¿verdad?, aunque sea pa probarlo y tener ese consuelo antes de morir. Me siento morir, ¿no me ves? -y se quedaba fatigado, con el resuello entorpecido, como los caminantes que acabaran de subir la pendiente de una cumbre o de hacer una peligrosa jornada-. Se me escapa la vida, y el aliento sale de mi garganta seco y maloliente como el sudor de los muertos. Me darías un consuelo si me dieras un poco de gofio; y tú recibirías el alivio de haber atendido la voz doliente de un compañero. Créeme, me miras como desconfiado. Acaso me tomarás como a un indeseable y no, no soy un indeseable, soy un trabajador como tú y he luchado en las barricadas por la causa de los trabajadores, por nuestra causa, como lo habrás hecho tú, porque tu aspecto no engaña y me miras con interés.

Sentí lástima en verdad por aquel muerto vivo que me hablaba y le ofrecí darle gofio.

-Bien, hombre, te daré un poco de esa harina de nuestro trigo canario -le dije.

-Yo te lo agradezco con toda el alma -me dijo conmovido de emoción y alargándome su mano flaca en señal de saludo. Estaba frío. Al estrechar su diestra, sentí como el choque de un grano de nieve.

-¿Por qué no nos sentamos? Siento cansancio y parece que me asfixio; me agrada charlar contigo -insinuó.

-Sí, será mejor -le contesté interrumpiéndole para aliviar su fatiga, cosa que él comprendió y trató de enguir su busto doblado, echándose hacia atrás su enmarañada y negra melena, dejando al descubierto unos grandes y rasgados ojos que su ancha y blanca frente guardaba como dos luminosas centellas.

-No me compadezcas, ¿lo oyes? Me irrita. Si hubiera tenido un revólver a mi alcance ya me hubiera levantado la tapa de los sesos, para no darle a estos facciosos de la tradición el gustazo de tenerme entre sus garras. Bien, dejemos eso, vamos a sentarnos en aquel rincón: Es donde primero da el sol. Dispénsame esta advertencia que te acabo de hacer, es mi temperamento. No amo la vida, la odio, porque los hombres la han hecho desastrosamente vulgar. Yo amo otra vida, la vida bella y hermosa de la creación, y por eso quiero sostener aunque sea mi espíritu para alcanzar a ver nuestra

victoria. Tú no la vez porque los desengaños te han marcado tu voluntad y crees estar aún entre el tumulto de los primeros vendavales de la guerra, donde el monstruo de los imperios clavó los zarpazos de sus lanzas de destrucción, devastando pueblos y ciudades que nosotros mismos levantamos con nuestros brazos y nuestras energías. Pero yo si la veo surgiendo, diáfana y clara, como los meteoros desde el fondo de la tierra que aún se revuelve entre el rojo torbellino de sus ascuas, y viene tallando, con el buril de sus lenguas y sus recuerdos, el emblema revolucionario y reivindicador de las nuevas juventudes. Siento que me ahogo y es la sangre que sube a la garganta. Descansaré un poco, ¿me lo permites? ¿Te molesta mi charla?

-No, amigo mío. Al contrario, admiro tu valentía, y quisiera estar dotado de tu locuacidad clara y armónica. No te precipites -le dije, tratando de reanimarlo.

-Gracias, muchas gracias. No sabes cuánto descanso y alegría me proporcionas. Siento alivio al desahogar con un compañero toda la fuerza y el ímpetu de mi pensamiento. ¿Qué profesión tienes, compañero? -me interrogó, poniendo su mano derecha sobre mi hombro y dejando escapar una sonrisa de sus labios amarillentos.

-Mecánico, soy mecánico -le respondí, midiendo siempre las palabras de aquel hombre, que parecía evaporarse como el aroma de las flores, y que respondían y ahondaban toda una filosofía.

-¡Ah, mecánico! Gran porvenir si coges cariño al crisol de sus aceros que tantos hombres y tantos pensamientos funde también en el lienzo de sus láminas. El martillo, la fragua, el yunque, todo evolucionando y revolucionando a impulso de sus máquinas y de sus motores que, al calor de sus llamas, van acumulando y levantando en los almacenes y depósitos verdaderas montañas de oro. El día que los trabajadores todos de la tierra lleguen al verdadero estado de civilización y aprendan a saber que los inmensos tesoros que los Estados y los más grandes millonarios guardan en sus cajas, es el producto y valor de sus fuerzas y de sus energías, entonces será la hora de las más geniales reivindicaciones sociales, el mundo será mundo y quedará cumplido el imponente mandamiento del inmortal Carlos Marx: 'La reivindicación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos'. ¿No lo crees así, compañero? La Humanidad será una sola raza y todos sabrán entenderse, no habrá más que hombres, hombres...

-Evidentemente, es una verdad como que hay estrellas en el cielo, pero esas muchedumbres de los sin pan, desenvueltas en un ambiente de miserables esclavos, no ven su obra, no quieren reconocer los dones y derechos de que les ha dotado la Naturaleza y se convierten en masas de rebaños ovejunos, y adoran como a dioses a los divinizados por el capital de los pastores de oro, y hacen de sus verdugos ramales de esperanzas confundidas en el crepúsculo revuelto de magnates y cortesanos y de dioses imperialistas.

-Hablas bien y razones mejor. ¡Qué bien me sientan estas conversaciones, me dan vida, son todas espíritu y nobleza! ¡Alma y corazón que tanto me recuerdan a mi compañera, mártir y dolorosa a la vez, porque sentía mis mismos dolores y recogía en las retinas de sus ojos todas las fatigas de mi prisión, y era su rostro el paño donde descansaban todos mis sacrificios! Mira, ¿ves, compañero? Siempre fui duro y jamás lloraron mis ojos; y, sin embargo, ahora, cada vez que la recuerdo, hasta en mis horas de melancolía, parece que la veo en mi delirio y dejo caer unas lágrimas como grato recuerdo a su pensamiento. ¡Oh, mi Maruca, mi Maruca!

Sentí frío oyendo el relato de aquel batallador que, al pronunciar sus ardientes frases, dejaba ver en sus palabras las cascadas brillantes de las luces que brotaban de sus labios como rosas de libertad o como aves que, en la voluptuosidad de sus vuelos, ganaban las alturas considerables de los rosales del espacio donde gravitan tantas cosas desconocidas, tantos cuerpos vivientes que se adoran y aman. Su historia era mi propia historia y también mi compañera llevaba por nombre Maruca. ¡Oh, Diana sigue a Febo, y Febo es el dios de la Humanidad y del cielo! Aquel hombre, como yo, había pasado por la vida y suplicio de los sótanos de las cárceles y había dormido en el desnudo y frío camastro de sus piedras infernales, contaba del martirio de sus quemaduras y de los terribles dolores de sus uñas al ser levantadas por los trozos de hierro o perras de cobre que metían, como palancas, entre su carne sensible, y me hacía recordar, haciéndolas vivir de nuevo en mi cerebro, aquellas horas negras y eternas, como pesadillas espantosas, pasadas en los sótanos sin luz, sin aire y sin sol, de la Prisión Campo de Concentración de Gando, en Las Palmas de Gran Canaria. Tres meses en obscura mazmorra, con la sola compañía de sus paredes color de

barro revuelto y olor de carbonera, por donde jamás entrara del sol compasivo alguno de aquellos rayitos delgados como hilos y que hacían sonreír las plantas y los árboles mustios, aunque yo hiciera esfuerzos inauditos para gozar y recoger en mis manos friolentas y temblonas el calor de su luz, sin lograr tal vez calentar siquiera los dedos que ya parecían brillar como el ampa de la nieve y se iban debilitando y gastando, como la vida que se alejaba de mis pulmones y de mis entrañas, entre oleadas de suspiros y de agonías. ¡Qué cara de sarcasmo y de burla sangrienta ponían aquellos funcionarios de porra y pistola en mano cuando abrían la rugiente puerta para darme, por espacio de quince días, el miserable cacharro de agua y el pan negro con que ellos se complacían alimentarme, viendo el quebranto de mis fuerzas y cómo se iban dibujando en mi rostro las siluetas cadavéricas de los moribundos! La fantástica Prisión de San Francisco, en Santa Cruz de Tenerife, a las órdenes salvajes del capitán Otero, donde se eleva al cielo la torre de la parroquia sosteniendo sobre su cabeza blanca-gris, como un símbolo de paz la imagen de la piedad y de la justicia divinas, y donde el comandante Matos, haciendo uso de sus criminales leyes, hacía interrogatorios a los presos, enfilándoles sobre sus cabezas la boca negra de su pistola empavonada. ‘¿Ves?, decía, te puedo matar y no te mato, quiero que hables, eres un tunante rojo, pero ya, ya hablarás cuando sientas en tu carne lo implacable de mis hierros y de mis procedimientos’, exponía, y su rostro cogía el color de la pantera; mientras, unas al parecer señoritas de Falange y de las Jons me daban con el pie y me escupían cuando me revolcaba en el suelo, y todos mis miembros se contraían y se doblaban por los inimaginables dolores de los tormentos sufridos. ‘¡Cobardes! ¡Cobardes! -les respondía, haciendo incalculables maravillas para sostenerme sobre mis piernas dobladas-; prefiero la muerte y no os atrevéis a dár-mela porque sois más que cobardes y no tenéis corazón: ¡Cobardes! ¡Mil veces cobardes!’. Y volvía a caerme al suelo extenuado por el cansancio y la fatiga, lejos del mundo, viviendo la noche borrascosa y negra de los muertos. No quería, en estos recuerdos, ni siquiera cruzarme con aquellos dos siniestros personajes ya fallecidos, el primero tuberculoso y el segundo comido por un cáncer, pero he tenido que hacerlo, como salutación sangrienta para todos aquellos significados elementos del fascismo que, al igual que aquellos, asesinaron y mataron y convirtieron a España en ver-



dadero campo de tragedia y de ruinas que, desde las profundidades de sus escombros, parecen levantarse y erguirse como columnas de maldición.

Ardía en llama de ira reconcentrada todo mi cerebro ante aquellas evocaciones lúgubres, semejantes a caballos que en feroz carrera magullaban mi cuerpo con sus aceradas herraduras cuando, con suavidad de paloma, la mano del compañero me toca en mi hombro derecho: 'Compañero, valentía, ¡nuestra campana revolucionaria -me dice con voz de tumba, y reivindicadora- deja oír el tañer de sus badajos sobre el mundo, que ya se estremece al oír los alaridos de las multitudes en completa avalancha de reacción! ¡Aaaavannnte, compañero!'. Y exhaló el último y eterno suspiro, cayendo como un descanso sobre mis brazos, agonizante. '¡Compañero! ¡Compañero!', le dije sacudiéndolo.

-No... no... Maruca... es... Maruca -me respondió, sellando sus labios con una sonrisa.

Estaba muerto.

Desde aquel día todas las cosas para mí eran inestables, trascendían y se remontaban todos los cuerpos, sujetos a unas materias donde no han podido llegar para penetrarlas ni la voluntad ni la inteligencia del hombre científico, y los pensamientos me los imaginaba como mariposas o aves inmensas de plumas y de sedas áureas, sufriendo las transformaciones de sus auroras y de sus crepúsculos; siempre remontándose, siempre subiendo, como si huyeran y se alejaran de las pequeñeces de la tierra, maldiciéndolas y detestándolas como a microbios de astros pequeños. '¡Maruca! ¡Maruca!', decía yo ahora también. Como si la viera, como un pensamiento o como una de aquellas mariposas que en los volteos siderales de su espíritu llegara hasta mi frente para quererme y recordarme. Y yo la veía, como abstraído y soñoliento, desde la mugrienta reja, en aquellos días de peligrosas acusaciones en que la vida peligraba, cruzar las aguas marinas para venir a verme; se consolaba con verme cada uno o dos meses, según los ahorros que ella podía hacer de su trabajo y de su alimentación, para invertirlos en abundantes comestibles que pudieran sostener mi vida a costa de increíbles sacrificios, que yo veía iban minando y quebrantando su preciosa salud. 'Maruca, no te sacrifiques por mí, le decía yo siempre, cuídate tú, veo que

enflaqueces cada vez más y tus colores no son los mismos y se trocan en otro color, en el color de las rosas cuando se desgajan y se marchitan’.

-No, no te preocupes -me respondía, con aquella sonrisa a la que ella procuraba darle el tono de su siempre viva y alegre juventud, pero que al reproducirse en sus azules ojos señalaban los ramales de la melancolía que invadían su alma.

-Tú me engañas, Maruca -y quise con mis ojos profundizar la fuerza de su mirada de dolor, que delataba su sacrificio. Dentro de aquel pecho heroico se escondía algo, pensaba yo, mascullando la duda de mis equívocos.

-No seas tonto -respondía interrumpiéndome-, te equivocas y, al través de las sombras del enverjado, confundes el color de mi cutis; sí, tengo un poco de catarro y por eso vengo lo suficientemente abrigada. Esta travesía de Tenerife a Las Palmas no tiene nada de buena y cuando se llega a la Raya, como dicen los marinos, son demonios los que surgen de sus arenas profundas y echa una por la boca hasta las entrañas, por lo demás, no te preocupes. Vive tú, Antoñé, vive tú. ¡Ten confianza, más adelante se abre un mundo! -y aquellas palabras, que ella pronunció con el calor intenso de un espíritu rebelde, fueron las últimas que para mí pronunciaron sus labios, y que quedaron clavadas como puñales en aquellas verjas presidiarias e insensibles donde tantos corazones humanos se rompían y tantos odios se amasaron.

Era la hora del rancho, y la corneta oficial dejó escapar por la caracoleada tripa de su metal amarillo la voz de aviso, el murmullo de los presos pareció unirse como una oleada de lamento, y todos resignados, marcando en sus pálidos semblantes los surcos del arado del asqueo y de la repugnancia, acudían a la mugrienta perola, que sudaba a chorros por su panza de elefante el caldo negro de aquella alimentación rancia que tanto aniquilaba y envenenaba a los hombres. Y aquella, que todos los días salía a prueba del paladar de los jefes y funcionarios, en un plato blanco, lo encontraban los directores y secuaces como cosa exquisita. Para ellos, poco interés tenía la vida de aquellos presos que para los instintos de sus pasiones miraban como carne de cuervos, y en nada les importaba que se revolcaran y se retorcieran a causa de las malas digestiones o de las terribles dolencias de estómago. Eran las cosas de su doctrina y lo consultaban con el Dios omnipotente de sus templos.

Llegó la noche como siempre, pesada, triste como todas las noches de las cárceles, preñada por el diablo con sus horas horrorosas como fantasmas gigantescos o águilas inmensas graznando como brujas, cuando no desde allá lejos oíamos, como ecos de consuelo y de recuerdos halagüenos, los cantos de sus sirenas o la canción de sílfide, que llegaban a nuestros oídos como plegarias de besos de resistencia que levantaban nuestro espíritu o como un ¡alerta! de nuestros hermanos caídos. Y nos sentíamos grandes, elevados, fuertes para continuar la lucha.

No se apartó ni un momento de mi imaginación la imagen y sonrisa del compañero muerto, y como si fuera un mandato y transmisión de su espíritu o como si las almas llegaran a encontrarse en la trayectoria de la transmigración, pregonaba: '¡Maruca! ¡Maruca!'. Los muertos mandan. Los muertos mandan, llegué a pensar yo, analizando y comparando los pensamientos, hasta enlazarlos como rosas o enarcarlos como perlas.

Llegaron las siete de la mañana del día siguiente, y una camioneta oficial nos esperaba ya en la puerta para conducirnos a la Prisión Central de Puerto Santa María, a donde habíamos sido trasladados, y nos pusimos alegres, muy contentos por abandonar aquel cementerio de vivos que tan espinosos zarzales de sacrificios guardaba en sus rincones. ¡Ay, cuánto no valían aquellas dos o tres horas en que a la velocidad del vehículo íbamos a gozar del aire y del sol como las aves y los pájaros de las selvas, de todo aquello que nos robaban unos hombres. Íbamos corriendo, volando como las mensajeras, aunque pensaba, luego nos encerrasen en otro palomar de miserias, pero seríamos siempre libres: ¡Qué importaba que nuestros enemigos sintieran el placer de sus crímenes, al privarnos de nuestros derechos, cuando nosotros teníamos la certeza y convicción de nuestros actos y de nuestros pensamientos! Éramos los productores de la tierra, los muchedumbres que en todas las industrias fabricábamos el pan y el oro con nuestro sudor y trabajo, y nuestros brazos eran la palanca universal que haría conmovier el mundo cuando hiciéramos uso de nuestras terribles y eficaces armas de combate. ¡Ah, la acción, la acción directa era el remedio para tanto mal!, decía yo, viendo a nuestros tiránicos mandatarios cómo sembraban en el campo de sus discordias los tornillos de su propio purgatorio; nuestros sabotajes; la fábrica que se quemaba; las enormes fortalezas